

TÁNGER, TÁNGER

LEOPOLDO CEBALLOS

TÁNGER, TÁNGER



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid Asociados

Primera edición: noviembre de 2015

© Leopoldo Ceballos López, 2015
© de la presente edición: Edhasa, 2015
Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
España
Tel. 93 494 97 20
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6291-6

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 18696-2015

Impreso en España

*Para mi hermano Francis
y para mi nieta Paula,
recién llegada*

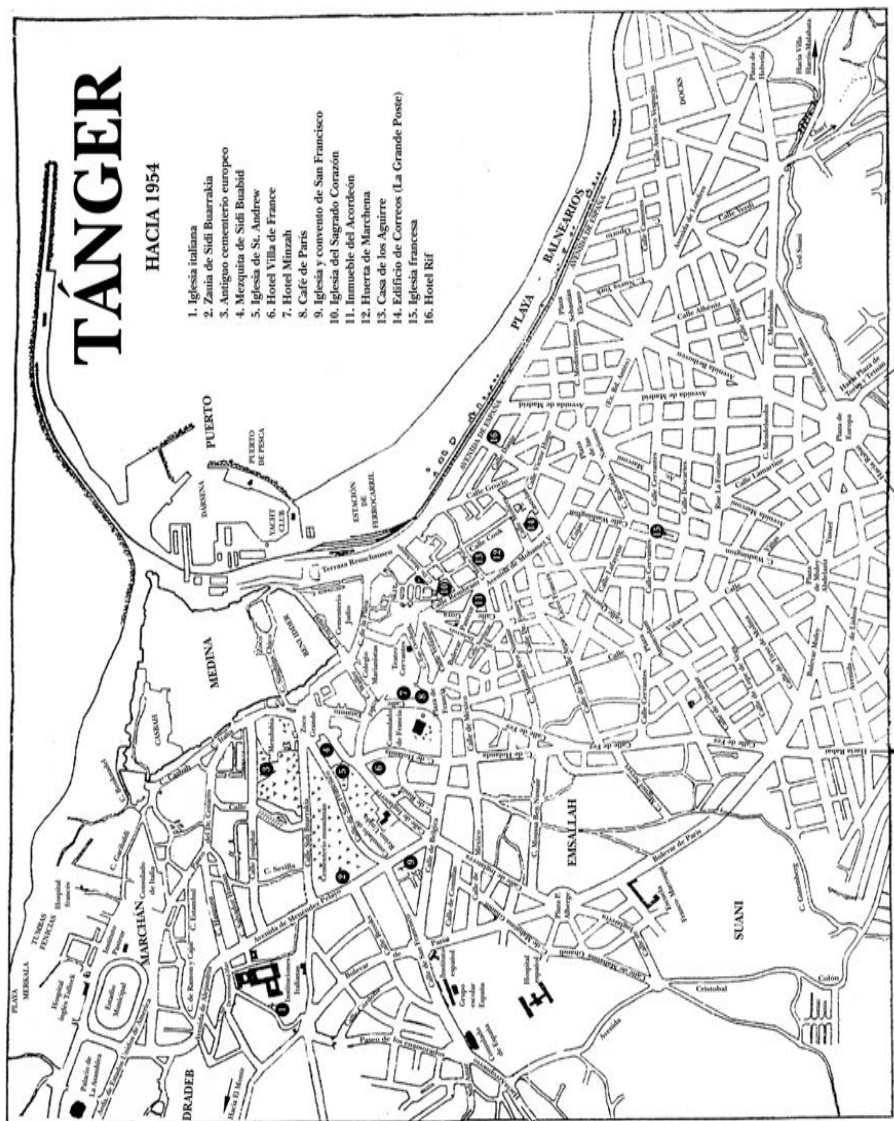
«La vida no es la que uno vivió,
sino la que uno recuerda
y cómo la recuerda para contarla.»

Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla*

TÁNGER

HACIA 1954

1. Iglesia italiana
2. Zona de Sidi Buarrakia
3. Antiguo cementerio europeo
4. Mezquita de Sidi Buabul
5. Iglesia de St. Andrew
6. Hotel Villa de France
7. Hotel Mimzah
8. Café de Fars
9. Iglesia y convento de San Francisco
10. Iglesia del Sagrado Corazon
11. Monumento al Rey de Marruecos
12. Huerto de Merchiam
13. Casa de los Aguirres
14. Edificio de Correos (La Grande Poste)
15. Iglesia francesa
16. Hotel Rif



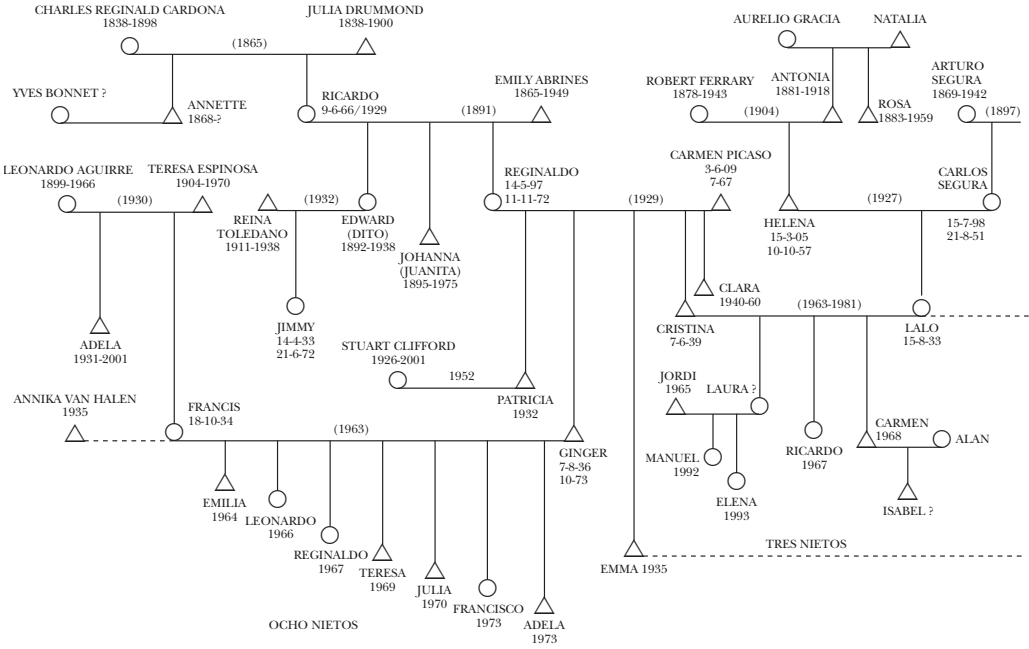
MEDINA DE TÁNGER

HACIA 1954

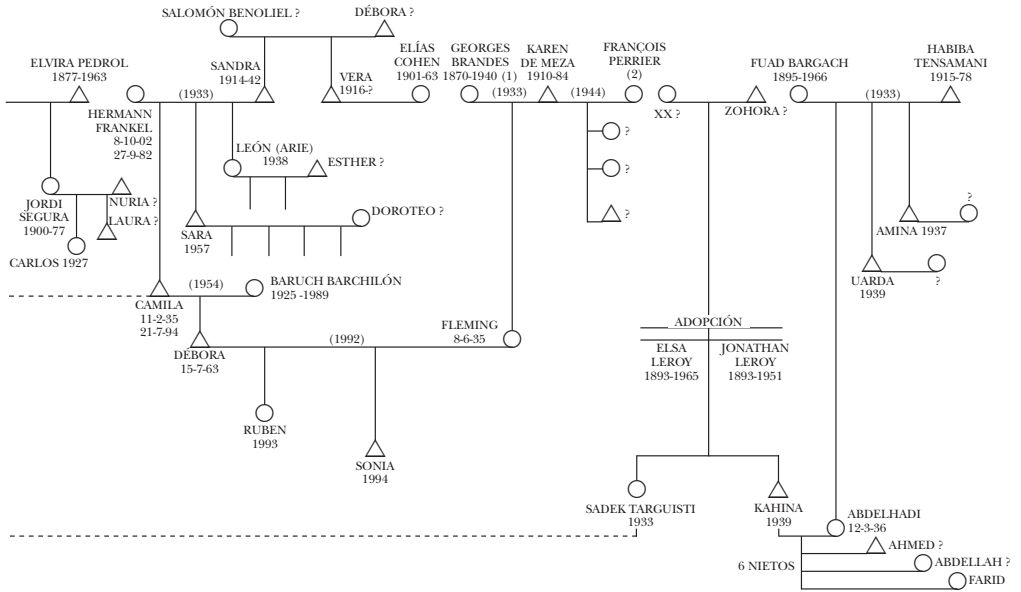


1. Torre de Ali Riffi
2. Dar el Majzen
3. Antigua prisión
4. Riad de Sadek Targusti
5. Casa de Bárbara Hutton
6. Zauia de Ibn Batouta
7. Hotel Continental
8. Edificación de la Aduana
9. Casa de los Cohen
10. Yamáa el Kebir (Gran Mezquita)
11. Antiguo Telégrafo español
12. Dar Niaba
13. Iglesia de la Purísima
14. Sinagoga Nahón
15. Casa de los LeRoy
16. Antigua Legación Americana

FAMILIAS CARDONA - AGUIRRE - FERRARY



- FRANKEL - BRANDES - TARGUISTI Y BARGACH



PRÓLOGO

«An author writes only half of the book. The rest is
written by readers.»¹

Joseph Conrad

Tánger, sábado 25 de agosto de 1951

Aquel sábado fue el último día de la vida de Carlos Segura. Él lo supo sólo uno o dos segundos antes de morir, algo después de las ocho de la noche. Esa misma tarde, su mejor amigo, Reginaldo Cardona, había invitado a su futuro consuegro, Brian Clifford, un elegante cincuentón, agregado cultural de la legación norteamericana, a pasar con él lo que Cardona llamaba «un buen rato» en su discreto apartamento del segundo piso del inmueble Tani, en el paseo de los Enamorados, muy cerca de la esquina con la calle Casablanca y apenas a unos metros del consulado español de Tánger. El hijo de Clifford, Stuart, joven vicecónsul de la legación americana en la ciudad internacional, se había comprometido recientemente con la hija mayor de Cardona, Patricia, posiblemente la más bonita e inteligente de sus cinco hijas. Las dos familias ya habían celebrado con algunos familiares y amigos íntimos el compromiso, conviniéndose que la boda se celebraría en la primavera del año siguiente, cuando Stuart

esperaba recibir el nombramiento de cónsul en una capital norteafricana.

Pero, ahora, según le dijo Cardona a su futuro consuegro, venía la parte más divertida. *Madame Yvonne*, antigua conocida de Cardona y dueña de Le Paradís, uno de los mejores prostíbulos de Tánger, le había enviado a tres preciosas pupilas seleccionadas de entre las últimas llegadas a su burdel. Desde que se habían reunido en el apartamento, hacia las siete de la tarde, las tres muchachas, animadas por una alegre música, no cesaban de beber, de reír y de provocar a los dos amigos. Clifford, aunque no acostumbraba a participar en este tipo de celebraciones, estaba encantado y disfrutaba con la presencia de las chicas, y más aún con lo que imaginaba que vendría después.

Hacia las ocho menos cuarto, Cardona anunció a su invitado.

—Amigo Brian, le pido que me disculpe, pero debo ausentarme durante un rato porque tengo un asunto urgente que resolver. No he querido aplazar esta reunión, pues sé lo difícil que es para usted disponer de una tarde libre para este tipo de *divertimentos*. Tardaré menos de una hora. Siéntase como en su casa, beba lo que quiera y aproveche la presencia de estas tres maravillas de la naturaleza. Le aseguro que, por la cuenta que me trae, volveré en muy poco tiempo.

Aunque algo desconcertado, Clifford, que no entendía bien lo que ocurría, aceptó las excusas de su amigo. No le dio demasiada importancia al hecho de que se ausentara temporalmente, y se dispuso a pasarlo lo mejor posible. Cardona, por su parte, salió del apartamento, bajó rápido por las escaleras del inmueble y utilizó una puerta lateral para salir al pequeño callejón que daba a la calle Casablanca. Allí le esperaba su coche y su impresionante chófer negro, Si Abú, guardaespaldas y hombre de confianza, que en cuanto vio a su jefe entrando en el vehículo puso en marcha el motor y salió rápidamente hacia el destino que le señaló: la casa de su amigo Carlos Segura, con el que estaba citado en la Urbanización California, muy cerca de su *garçonnière*.

Apenas media hora más tarde, y bastante antes de lo previsto, Cardona volvió al apartamento. Estaba pálido y respiraba agitadamente. Sin embargo, Clifford no se dio cuenta del estado de ánimo de su amigo, ya que estaba muy ocupado atendiendo a las tres chicas, que se comportaban como se esperaba que lo hicieran. Cardona se quitó la chaqueta, respiró hondo varias veces, se sirvió un whisky con abundante hielo y lo apuró de un solo trago. Luego volvió a llenarse el vaso, en esta ocasión añadiéndole agua, y se unió a sus invitados.

Poco después de que el pequeño reloj de pared hubiera anunciado las diez de la noche, sonó el teléfono en el apartamento del paseo de los Enamorados. Aquel número sólo lo conocían algunos de sus colaboradores más allegados. Sonaba muy de cuando en cuando, y sólo para temas urgentes o graves. En este caso era su secretario, Mesod Coriat, quien llamaba.

—Don Reginaldo —dijo su interlocutor, en cuya voz se adivinaba un nerviosismo considerable—, tengo que darle... una terrible noticia... Carlos Segura ha sido asesinado.

—¿Cuándo y dónde ha ocurrido? —respondió Cardona. Había tardado unos segundos en contestar, pero su voz no reflejaba emoción alguna.

—En su casa. Parece que ha sido hace más de una hora, antes de las nueve. Aún no se sabe cómo ha sido... —contestó el secretario, al que le asombraba el dominio de la situación que mostraba su jefe—. Me he enterado hace apenas unos minutos, cuando nos han llamado, oficiosamente, de la comisaría principal.

—¿Han localizado a su hijo Lalo?

—Creo que sí...

—Muy bien. Yo transmitiré la noticia a doña Helena, que está en Gibraltar. Muchas gracias por toda la información, Mesod, ha sido de gran ayuda.

Con enorme serenidad, como si estuviera tratando un asunto corriente y no hubiera bebido varios vasos de whisky, Cardona llamó por teléfono al director técnico de la Telefónica de Tánger, amigo de la infancia, y le rogó que sus servicios

le pusieran, inmediatamente, una conferencia con un determinado número de Gibraltar. Era el de la casa de Helena en el Peñón, heredada de su padre, donde suponía que ella estaría en esos momentos con su tía Rosa. Cuando el teléfono del apartamento sonó de nuevo, diez minutos después, Reginaldo fue al recibidor, cerró la puerta de la habitación donde estaban sus invitados y cogió el auricular. Reconoció la querida voz de Helena, y casi sin preámbulo alguno le dijo.

–Helena, voy a darte una pésima noticia. Sé fuerte y mantén la calma. Tu marido ha muerto. Parece que alguien lo ha matado. –Dejó que pasaran unos segundos y prosiguió–: Tu hijo y la policía están al corriente. Coge mañana el primer *ferry* para Tánger, que sale a las ocho y media. No tienes que hacer nada. Yo me ocuparé de todo. Mañana, media hora antes, irán a recogerte a tu casa para llevarte al puerto. Si surgiera cualquier problema, habla con Cabedo, el director de la Bland Line. Estaremos esperándote en el puerto.

Durante unos segundos, escuchó pacientemente las palabras sorprendidas y llorosas de Helena. Esperaba esa reacción. Hasta cierto punto, era de lo más lógico, pero Cardona la cortó con cierta brusquedad.

–Perdona que te interrumpa, Helena. Creo que querías a Carlos, y sin duda es bueno que llores. Pero, lo lamento, ahora mismo no tengo tiempo para consolarte. Lo siento mucho. Voy inmediatamente a enterarme de lo que ha pasado y a ver a tu hijo. Ya te contaré... –Cambió de tono, y pasó a uno más suave antes de continuar–. Ahora más que nunca puedes contar con mi apoyo y cariño. Ánimo, mi reina, me gustaría estar a tu lado para abrazarte, pero no estoy allí, sino en Tánger. Sé que serás fuerte. Verás cómo cambia la suerte. Hasta mañana, nos veremos en el puerto.

Seguidamente, llamó de nuevo a su secretario, y le ordenó que impartiera las instrucciones oportunas a las personas adecuadas en Gibraltar para que, a primera hora de la mañana siguiente, recogieran a Helena en su domicilio, de modo que pudiera embarcar en el primer *ferry* de la compa-

ña Bland Line con destino a Tánger. Hecho esto, se puso la corbata, se alisó la camisa y se colocó la chaqueta. Mientras se arreglaba, le pidió disculpas a su amigo Brian por su ausencia y les dijo que podían quedarse en el apartamento todo el rato que quisieran. Le indicó a su amigo que no se preocupara de nada, que todo estaba pagado y que disfrutara, pero sí le rogó que al salir dejara bien cerrada la puerta con la llave que le dejaba. Seguidamente, salió del apartamento y bajó por las escaleras hasta el callejón donde le esperaba su chófer, Si Abú. Subió al coche y le pidió que lo llevara a su casa para ducharse y cambiarse de traje. Quería ir a casa de los Segura cuanto antes.

* * *

Cuando colgó el teléfono, después de que Reginaldo le anunciara la trágica noticia del asesinato de su marido, Helena se quedó algo aturdida durante unos minutos. Luego pidió a la sirvienta que le preparara una infusión de tila, y sólo después de habérsela tomado y recobrado el ánimo se dirigió al salón donde estaba su tía Rosa, acomodada en un sillón. No le dijo nada de lo que había ocurrido, pero la simple presencia de su anciana y querida tía la reconfortó. Estaba oyendo una de las preciosas *Fantasías* de Mozart. Más tarde se retiró a su habitación y abrió su diario, en el que nada había escrito desde hacía algún tiempo. Se sentó en su butaca, dispuesta a leer lo que había anotado más de un mes atrás, y, a medida que iba leyendo aquellas líneas, notó que su cuerpo empezaba a temblar:

Tánger, lunes 23 de julio de 1951

Ayer, domingo, fue el cumpleaños de Carlos. Nos reunimos con varios amigos a cenar. Entre ellos estaban Reginaldo y Carmen, que cada día está más vieja. Parece mentira que sea más joven que yo. Entiendo perfectamente que Regi siempre ande de-

trás de otras mujeres, y que siga tan apasionado por mí. Está claro que me equivoqué al elegir a Carlos como marido, y que Regi hubiera sido la mejor opción. Todavía recuerdo la excepcional fiesta que dio el año pasado, cuando cumplió sus cincuenta y tres años, uno más de los que hoy tiene Carlos. Él y Carmen ya son casi unos ancianos, y en cambio Regi y yo estamos en la plenitud de la vida. Desgraciadamente, nos vemos muy de cuando en cuando, ya que en Tánger somos demasiado conocidos y nos resulta difícil ocultarnos. De todas formas, algunas veces voy a su apartamento, y para que no nos vean entrar juntos llevo dos o tres horas antes que él. Todavía me hace vibrar como si fuera una jovencita. Me enloquecen sus caricias, y cuando entra en mí con la fuerza de un muchacho me hace gozar con locura. ¡Qué triste es la vida así! No hay solución, a no ser que a Carlos le ocurriera algo. A veces hablo de esto con Regi, pero él se limita a mirarme y no dice nada.

Por otra parte, me preocupa que Carlos esté pensando en regresar a Barcelona. No sabe bien lo que dice. Cree que volverá a ser lo que él fue en esa ciudad. No entiende que su tiempo ha pasado, que su vida está en Tánger y que Barcelona no es hoy más que una sombra de lo que fue. Me encantaba esa preciosa ciudad, era como un pequeño París, pero ya no es lo mismo. Todavía quedan demasiadas heridas de la guerra. Carlos apoyó a los catalanistas y a los republicanos, y no creo que los que ahora mandan en el país vayan a perdonárselo. Además, según me ha contado Regi, mi marido quiere devolver a Barcelona, a las autoridades españolas, el oro y las joyas que ellos sustrajeron del tesoro del Vita. No sé bien de qué se trata, ya que ni Regi ni Carlos me han explicado nunca esa historia, pero, según Regi, mi marido está loco si pretende hacer algo así. Dice que harán a Carlos responsable de todo lo que Negrín e Indalecio Prieto sacaron de España.

No sé si puedo pedirle a Dios que arregle todo esto, y que algún día pueda estar con Regi, que es el hombre al que quiero, y en Tánger, que es la ciudad donde deseo vivir.

Helena se estremeció al leer lo que había escrito un mes antes. Pensó que cualquiera que leyera sus comentarios podría suponer que deseaba la muerte de Carlos. Consternada, arrancó aquellas páginas de su diario y las rompió en pedazos muy pequeños.

* * *

Brian Clifford, agregado cultural de la legación americana, se quedó más de una hora disfrutando de lo lindo con las tres jovencitas. Ya tarde, hacia las once de la noche, solicitó por teléfono un taxi para que pudieran volver al burdel y las despidió amablemente. Cuando las jóvenes salieron, se sirvió una última copa y se fumó un cigarrillo. Poco después, feliz y encantado de la vida, abandonó el apartamento de Cardona. Se aseguró de que la puerta estuviera bien cerrada, guardó la llave para devolvérsela a su amigo y, tranquilamente, dando un agradable paseo por las seguras calles de Tánger, se dirigió a su domicilio, situado en un moderno edificio de la calle Comillas. No había nadie en la casa. Su mujer no había vuelto aún de la interminable partida de *bridge* de los sábados, e imaginó que sus hijos estarían con sus amigos en algún guateque o *surprise party*, o quizás en alguno de los bares de copas de las calles laterales del bulevar Pasteur. Se preparó un sándwich de jamón con pepinillos, se sirvió una cerveza, cogió el *Tangier Gazette*, y, antes de arrellanarse en su sillón, encendió el tocadiscos y puso la *Quinta* de Mahler. Cuando, poco después, su mujer volvió a casa, lo encontró dormido. Al día siguiente, Clifford se enteró de que ese mismo sábado habían asesinado a Carlos Segura, buen amigo de su jefe, el cónsul general de la legación de Estados Unidos en Tánger.

* * *

Aquella noche, o más bien aquella madrugada, Reginaldo Cardona sólo pudo dormir dos o tres horas. Cuando, hacia las sie-

te de la mañana, se decidió a levantarse de la cama, permaneció bajo la ducha cerca de cinco minutos, reflexionando sobre lo que debía hacer. «Todo saldrá bien», pensó. Luego desayunó despacio y, hacia las ocho, se reunió con su sobrino Jimmy, que al parecer tenía un enorme interés en hablar con él. Más tarde, hacia las once, iría con Lalo al puerto a recibir a Helena Ferrary, la viuda del asesinado Carlos Segura.

PRIMERA PARTE

I

1862. Los Cardona de Tánger

«No basta con vivir. Hace falta tener sol,
libertad y una pequeña flor.»

H. C. Andersen. *La mariposa*

Nota de Francis Aguirre. Madrid, enero de 1994

Cuando mi suegro, don Reginaldo, hijo de Richard Cardona, murió en mi casa de Madrid, en noviembre de 1972, todos los escritos y papeles personales que dejó pasaron a la que era, entonces, mi mujer, su hija Ginger, y ello a pesar de que no era la mayor de sus cinco hijas. Menos de un año después, en octubre del año siguiente, mi muy querida Gin falleció al dar a luz a nuestros dos hijos gemelos, dejándolos huérfanos a ellos y a sus otros cinco hermanos. La súbita desaparición de tan extraordinaria mujer me dejó durante meses anonadado. Yo estaba enormemente enamorado de ella, y desde entonces la he recordado con inmenso amor todos y cada uno de los días de mi vida. Al poco tiempo de su fallecimiento, hablé con mis cuñados, Lalo y Cristina, sobre el destino que debía dar a aquellos escritos y papeles. Ellos opinaron, en providencia de lo que pensara el resto de la familia, que era yo quien debía guardarlos, pues, según dijeron, por mi formación jurídica era el más adecuado para custodiarlos.

Muchos años atrás, don Reginaldo, cumpliendo los deseos de su padre, se había decidido a escribir la historia de su familia desde que el primer Cardona llegó a Tánger, hacia 1862. Recogió tantos datos y tanta documentación que quedó abrumado por su riqueza e importancia. Sólo fue capaz de escribir unas pocas páginas y de resumir algunos datos básicos, pero nunca pudo terminar su relato. Cuando ya era viejo, en la segunda mitad de los años sesenta, se decidió a proponerle a Alberto España —un prestigioso y competente periodista tangerino que conocía muy bien la pequeña y la gran historia de Tánger— que escribiera la historia de la familia. El periodista se puso a trabajar en el relato, pero, poco tiempo después, cayó enfermo. Otro tanto le ocurrió a don Reginaldo. Ambos murieron, años después, sin que la narración progresara mucho. Sólo escribieron un breve texto, que es el que transcribo, que cubre los primeros años de la saga de los Cardona en Tánger.

* * *

Nunca imaginó el escritor danés Hans Christian Andersen que su decisión de viajar a España, en 1862, iba a ser no sólo determinante en la vida del joven gibraltareño Charles Reginald Cardona, sino también, de alguna forma, en el desarrollo económico y social de Tánger.

El martes 4 de noviembre de ese mismo año, a primera hora de la mañana, Charles Reginald embarcó en Gibraltar en el pequeño vapor que, como todos los lunes de la semana, hacía la corta travesía desde la colonia británica hasta el puerto africano de Tánger. Viajaba frecuentemente a esa ciudad como representante de comercio de la empresa gibraltareña Calpe & Cook, para visitar a sus clientes y suministradores. Aquella era una de las pocas actividades en vías de desarrollo en la empobrecida colonia británica, que malvivía con el abastecimiento a las fuerzas militares que la ocupaban y con el de los barcos que visitaban el puerto. El contrabando de todo tipo de mercancías hacia España complementaba los cortos ingresos de los

habitantes civiles del Peñón, que sufrían muchas carencias sanitarias e higiénicas. Cardona vendía en la ciudad marroquí diferentes productos ingleses y de otras procedencias, especialmente del Campo de Gibraltar, e importaba al Peñón carnes, huevos y otras mercancías. Le agradaba viajar a Tánger, ya que, aunque vivía felizmente con su madre viuda en la fortaleza británica, no podía dejar de sentirse como un prisionero en ella, sobre todo cuando por la noche se cerraban las puertas de la colonia. La crisis que atravesaba el Peñón no parecía que pudiera ser superada a corto o medio plazo, y Cardona intentaba ampliar la actividad de su empresa buscando nuevos mercados. Además, la pequeña ciudad tangerina también le gustaba porque, a pesar de estar situada, por mar, a algo menos de veinte kilómetros de Gibraltar, era la puerta de entrada a un mundo exótico, desconocido y distinto al europeo. Un mundo que parecía anclado en la Edad Media, y que apasionaba a Charles Reginald Cardona.

Charles tenía entonces veintiocho años. Era un muchacho agraciado y alegre que confiaba en sus posibilidades, inteligente y muy voluntarioso. Su esbelta figura, su abundante pelo castaño, una pequeña barba bien cuidada, unos ojos azules muy despiertos y su amplia sonrisa le granjeaban la atención y la simpatía de los que le conocían y trataban. Su apellido de resonancia española procedía de la isla de Menorca, de donde emigraron sus abuelos, protegidos ingleses, cuando la isla volvió a formar parte de España a principios del siglo XIX. Charles, en cualquier caso, se consideraba muy británico, pero aparte del inglés dominaba el castellano, y no sólo por su ascendencia española, sino sobre todo porque era la lengua de su madre, granadina de nacimiento. Además, en sus frecuentes viajes a Tánger se había esforzado en aprender el árabe tangerino, que utilizaban tanto los moros² como los judíos, aunque con estos últimos se entendía perfectamente en español.

Antes de atravesar el Estrecho, el barco bordeó las costas de España desde Gibraltar hasta Algeciras y Tarifa, para intentar salvar luego, rápidamente, la corta distancia que separa los

dos continentes. El mar estaba poco revuelto, de modo que Cardona decidió salir a pasear por cubierta. Allí se encontró con dos individuos que habían tenido la misma idea. El mayor de los dos hombres le resultó familiar. Debía de tener unos sesenta años y era muy alto, espigado y de rostro poco agraciado. Usaba un sombrero de copa alta que alargaba aún más su figura. Le acompañaba un joven rubio de aspecto simpático y abierto. Animado por la curiosidad, y aprovechando un momento en que el joven se separó del otro hombre, Charles se acercó a él y le dijo:

–Disculpe mi atrevimiento, caballero. Desearía presentarme. Soy Charles Reginald Cardona, vecino de Gibraltar y voy, como ustedes, a Tánger. Creo que la persona a la que usted acompaña me resulta familiar. ¿Podría decirme de quién se trata?

–No tiene usted por qué disculparse –le contestó el joven–, más aún teniendo en cuenta que, después de un largo viaje por España, donde tan poco se habla el inglés, me resulta muy agradable charlar en este idioma. Yo soy Jonas Collin, de Copenhague, y acompaño en este viaje al conocido y respetado escritor de mi país, Hans Christian Andersen, que es un buen amigo de mi padre. –Hizo una pausa y prosiguió–: Desde hace algo más de un mes, viajamos por España, y en el transcurso del viaje hemos recibido una invitación del ministro y cónsul general de Gran Bretaña en Marruecos, que reside en Tánger, para visitar la ciudad. De modo que hacia allí nos dirigimos. Con mucho gusto le presentaré al señor Andersen.

Cardona había cursado en Gibraltar la enseñanza primaria y secundaria con considerable aprovechamiento, pero los escasos medios económicos de su madre, que era viuda, no le permitieron ir a Inglaterra a proseguir estudios superiores. Sin embargo, conocía bien algunas de las obras del escritor danés, y no sólo sus cuentos, sino otros escritos y novelas muy apreciados en Inglaterra, pues éste fue uno de los primeros países que tradujo las obras de Andersen. Charles recordaba bien algunos de sus cuentos, ya que los había estudiado y comentado en sus

clases de primaria. Acompañado por Jonas, se acercó al escritor y lo saludó con gran respeto.

Andersen le habló de su viaje por España, que había deseado hacer durante muchos años pero que le había defraudado, en parte, por la práctica imposibilidad de comunicarse con los españoles. Él ignoraba el castellano y los españoles desconocían el inglés, el alemán o el francés, lenguas que hablaba con fluidez el escritor danés. De todas formas, la historia y el arte español le habían impresionado. Ahora iba con enorme curiosidad a visitar Tánger, capital diplomática de Marruecos, donde se alojaría en la residencia de sir John Drummond-Hay, cónsul británico en ese país y que también lo era de Dinamarca. Andersen no conocía personalmente al cónsul que le había invitado, pero sí a su esposa, que era la hija de un antiguo cónsul danés en Tánger.

El poeta y escritor se mostró muy agradecido y halagado por las palabras de admiración que le dirigió Charles sobre su obra literaria. Le resultaba asombroso que, después de un largo viaje por España, en la que casi nadie conocía sus trabajos, hubiera encontrado en el barco que lo llevaba a Tánger a un excelente conocedor y admirador de sus escritos.

Después de bordear las costas españolas, el barco tomó rumbo a Tánger afrontando las fuertes corrientes que atravesaban el Estrecho. Afortunadamente, la travesía duró poco tiempo, y pronto divisaron la costa africana, en la que destacaban la fortaleza tangerina de blancas murallas y los escasos edificios contruidos a sus pies.

La ciudad no contaba con puerto ni muelle alguno, de modo que el barco tuvo que echar el ancla a considerable distancia de la costa. Fornidos remeros indígenas se acercaron al buque en varios botes y subieron rápidamente por las correspondientes escalas. Desde allí, ayudaron a los pasajeros del barco a desembarcar y a sentarse en los botes. Luego los acercaron a la playa, donde varios vigorosos judíos los esperaban para llevarlos, a hombros o a horcajadas, hasta la orilla. Así, poco tiempo después de la llegada del barco a la bahía, Andersen y su

acompañante se encontraron en la ribera tangerina con su equipaje a los pies y rodeados de indígenas –musulmanes o judíos– que los observaban con escaso interés. Andersen mostró su preocupación ante el hecho de que ningún representante del consulado inglés los estuviera esperando. Propuso aguardar unos minutos, y así lo hicieron. Pero nadie se presentó. El danés empezó a ponerse un tanto nervioso, ya que se sentía inseguro rodeado por extraños que, además, no conocían ninguno de los idiomas que él podía hablar.

Mientras tanto, Charles Cardona, que observaba a pocos pasos de ellos el desconcierto y el temor que estaba haciendo mella en los dos daneses, entabló conversación con un grupo de indígenas en su lengua y averiguó que nadie del consulado había aparecido por el lugar durante toda la mañana, de modo que decidió acercarse a Andersen y su acompañante y les propuso acompañarlos hasta el modesto edificio donde estaban los servicios de aduana, por los que debían pasar obligatoriamente para entrar en la ciudad. Cardona era conocido por algunos de los funcionarios, y les explicó que Andersen y su joven amigo eran invitados del cónsul general británico. Esta información fue más que suficiente para que los aduaneros los dejaran pasar sin abrir las maletas y bultos que llevaban, pues sir John Drummond-Hay era muy conocido en Tánger y gozaba del respeto de las autoridades.

Cardona se ofreció también a acompañarlos al consulado, algo que el escritor aceptó aliviado y muy agradecido, ya que sin la ayuda del gibraltareño sin duda habrían pasado por momentos difíciles, al no conocer el país, la lengua y sus costumbres. Pidieron a varios *camalos* que llevaran las maletas y demás equipaje, y entraron en la ciudad andando, después de cruzar la puerta cercana a la aduana.

Pocos metros más allá, iniciaron su subida por las sucias y empinadas calles de la medina tangerina, sorteando a hombres y mujeres –muchos de ellos miserables mendigos o enfermos con llagas y heridas terribles– que se apresuraban por los sórdidos y pestilentes callejones incluso con sus mulos o came-

llos. Pasaron cerca de la antigua y gran mezquita El-Kebir, y admiraron, desde el exterior, su estilo hispano-morisco y la preciosa puerta de acceso. Andersen elogió la elegancia del minarete decorado con azulejos verdes, que se alzaba frente a la vieja escuela o *madraza* construida en el mismo estilo. Así, llegaron al Zoco Chico, centro de la pequeña ciudad. En aquella zona residían algunos profesionales de prestigio y había varias legaciones, entre ellas la portuguesa y la española, y, detrás de esta última, la inglesa. Accedieron a ella y se identificaron. Cardona solicitó ver al cónsul adjunto, William Kirby Green, joven y diligente diplomático que había sido acreditado poco tiempo atrás tanto en Tetúan como en Tánger, y al que conocía de anteriores viajes.

Green, que tenía más o menos la misma edad que Cardona, saludó con sorpresa y admiración a Andersen. Le dijo que tenía conocimiento de su próxima visita, y cuando el escritor le comunicó que había enviado un mensaje al cónsul general precisando el día de su llegada, Green se mostró de lo más contrariado, asegurando que el mensaje no había llegado al consulado. Luego informó a los invitados del cónsul que éste había salido de la ciudad para ir a su residencia veraniega, en los alrededores de Tánger. La villa recibía el nombre de Ravensrock –la roca de los cuervos–, y Green se ofreció a acompañarlos hasta allí. Cardona decidió que había llegado el momento de despedirse de sus amigos daneses, y tanto Andersen como su acompañante le agradecieron su inestimable ayuda. Luego prosiguió su camino hasta la pensión donde solía hospedarse en sus viajes a Tánger, cercana al Zoco Chico y regentada por una familia italiana.

Cuenta Andersen en su crónica del viaje que fue recibido muy cordialmente por sir John y su esposa en su residencia de verano, una magnífica villa construida en una pequeña colina desde la que se divisaba el mar y la costa española, rodeada de pinos piñoneros, palmeras, y muchos árboles frutales, de arrayanes, hibiscos, brezos y laureles, y de una gran variedad de flores, entre las que destacaban las rojas buganvillas.³ Drummond-Hay no había cumplido aún los cincuenta años, aunque

aparentaba más edad a causa de una pronunciada calvicie, que resaltaba una cerrada barba blanca con un poblado mostacho. Alrededor de la residencia se hallaban varias viviendas en las que vivían los moros –hombres y mujeres– que prestaban servicio al cónsul, así como las caballerizas que alojaban a los caballos y bestias de carga. El cónsul y su esposa acogieron con enorme gentileza y hospitalidad a sus huéspedes, y Andersen recordó siempre con alegría su dichosa y agradable estancia en Ravensrock y en Tánger, hasta tal punto que en su libro *Viaje por España* reconocía que, después de haber recorrido una buena parte de la Península, «la visita a la costa marroquí había constituido la parte más interesante de su viaje».

Para nosotros, sin embargo, lo más destacable de aquella visita es que el escritor danés no dejó de contarle a sir John hasta qué punto le había ayudado Charles Cardona a su llegada a Tánger, lo bien que se comportaba y las distintas lenguas que conocía, entre ellas el árabe. Drummond-Hay se mostró interesado en conocer al joven gibraltareño y, cuando lo hizo, días después, se quedó muy impresionado tanto por su inteligencia, como por sus conocimientos y su buena disposición. No dudó en ofrecerle un puesto de traductor en el consulado, un puesto que en aquel entonces, en Tánger, tenía la mayor importancia, y no sólo porque los marroquíes no mostraban mucho interés en conocer lenguas extranjeras, sino sobre todo porque los extranjeros conocedores del árabe –lengua en la que, obligadamente, se mantenían las conversaciones oficiales– eran muy escasos. Una excepción a esa regla era el propio Drummond-Hay, que había vivido muchos años en Marruecos y dominaba bastante bien la lengua del país. Sir John había recorrido gran parte del territorio ya durante la vida de su padre, el anterior cónsul británico, Edward Drummond-Hay, y siguió haciéndolo después de que le sucediera en el cargo cuando aquél murió en 1845.

Charles Cardona, como cabía esperar, aceptó con todo interés el puesto que le ofrecía el cónsul, pero solicitó su autorización para compaginar su trabajo en el consulado con sus activi-

dades comerciales, a lo que sir John accedió. Cardona no sólo acababa de conseguir un empleo con el poderoso cónsul inglés, sino que, además, se había ganado su protección y apoyo.

Al poco tiempo de vivir en Marruecos, Charles se dio cuenta de que, a pesar de la crisis económica que sufría el país, y en parte también Tánger, esta ciudad tenía un considerable potencial de desarrollo, especialmente si se canalizaban sus actividades comerciales a través de Gibraltar, que era, en buena medida, la base de operaciones de las empresas británicas que deseaban comerciar con Marruecos. Cardona se independizó amistosamente de la empresa para la que trabajaba y creó otra, con sede en Gibraltar, a la que llamó Cardona Stores. Compró un almacén cerca de la Aduana y del Zoco Chico, y dirigió sus actividades desde las dos plazas –Gibraltar y Tánger– mediante periódicos viajes de una a otra. Gracias a su capacidad de trabajo y a la indulgencia del cónsul, pudo compatibilizar sus trabajos de traductor con sus actividades comerciales.

En pocos años, Cardona Stores llegó a ser la primera empresa de comercio exterior de Tánger y una de las mayores de Marruecos. Con éxito parcial, disputó a varios comerciantes judíos la importación de té y de azúcar –así como de otros productos ingleses– en el mercado marroquí, y, al mismo tiempo, gracias al apoyo de Drummond-Hay, obtuvo para sus negocios condiciones financieras bastante convenientes de los banqueros judíos que dominaban las operaciones de ese tipo en Tánger y, prácticamente, en todo Marruecos. Se trataba de la Banca Pariente, el primer banco del país fundado en 1840 por Aaron Abensur y Mosés Pariente, ambos protegidos británicos, y que tenía su sede en la calle de las Sinagogas, en la medina, cerca de donde iría a vivir Cardona. Tiempo después, también consiguió hacer negocios con la Banca Nahón, de Mosés Nahón, y el Banco Salvador Hassan e hijos, fundado por Salvador Hassan, protegido portugués. A todos ellos se unieron a partir de 1862, poco tiempo después de la retirada de las tropas españolas de Tetuán, un buen número de judíos, comerciantes, industriales o inversores, que potenciaron eco-

nómica y socialmente a Tánger, que se enriquecieron gracias a sus iniciativas y capacidad de trabajo. Huyeron de Tetuán, hacia Tánger o Melilla, cuando los ocupantes españoles que, en principio, habían llegado para quedarse, dejaron abandonados a su suerte a muchos judíos que habían apoyado o visto con buenos ojos la llegada española; todos ellos que, en su gran mayoría, eran descendientes de los sefardíes expulsados de España por los Reyes Católicos.

* * *

En 1863, Tánger era una pequeña ciudad del norte de Marruecos que contaba con una antiquísima historia. Según la mitología griega, había sido fundada por el gigante Anteo, hijo de Poseidón, dios del Mar, y de Gea, diosa de la Tierra. En ella se situaba el Jardín que cuidaban las ninfas Hespérides. Pero, independientemente de la leyenda, Tánger existía, al menos, desde siete siglos antes de Cristo. Había sido fundada por fenicios o por bereberes que, al parecer, eran judíos. Su excepcional situación geográfica, como cruce de rutas entre el Mediterráneo y el Atlántico y como puerta natural de África y principal acceso a Europa, tuvo especial importancia para su desarrollo tanto desde el punto de vista económico como político. Por ello fue objeto de disputas y conquistas entre bereberes, fenicios, cartagineses y romanos, y más tarde entre árabes, portugueses, españoles y británicos. A partir de 1684, volvió a manos de los marroquíes, descendientes de los bereberes y árabes, que habían sido sus dueños.

Cuando Cardona llegó a Tánger, era una pobre y sucia ciudad que sólo contaba con unos diez mil habitantes, en gran parte musulmanes, salvo unos dos mil que eran judíos y no más de ochocientos europeos. La mayoría de los indígenas, excepto algunos propietarios o terratenientes, vivían como siervos, en condiciones insalubres y miserables, sojuzgados por el Majzén, el gobierno del sultán, o por los propietarios de las tierras o de las casas donde trabajaban o residían. A pesar de que no

reunía condiciones para ser centro de nada, Tánger pasó a ser, por decisión del sultán, la capital «diplomática» del Reino, lo que ya de hecho había sido desde finales del siglo anterior. El Majzén y los jefes religiosos estimaban que la presencia de los extranjeros no era buena para el país, por lo que habían decidido alejarlos lo más posible de Fez, la capital del imperio. Así, las representaciones consulares de la decena de países que deseaban mantener relaciones políticas y económicas con Marruecos se situaron en Tánger. Por su parte, a mediados de ese siglo, el sultán envió a Tánger a un *naib* o delegado de asuntos exteriores, que tuvo su sede en Dar Niaba, en la calle de los Siaghins, que significa «de los plateros», y que llegó a ser la avenida principal de la ciudad, donde se instalaron los principales bancos y los grandes negocios. Poco tiempo después, ese *naib* firmaría un acuerdo de paz con España, que dio fin a la cruenta guerra hispano-marroquí de los años 1859 y 1860.

Junto con los cónsules, o después de ellos, llegaron administrativos, traductores, agregados, algunos profesionales y muchos comerciantes, así como un buen número de obreros, operarios y asalariados, y mucha más gente atraída por la bonanza de la ciudad, o bien expulsada, directa o indirectamente, de sus respectivos países por cuestiones políticas o económicas. Una buena parte de este personal procedía de España, aunque también llegaron de otros países europeos. En general, convivían en bastante armonía con los marroquíes –musulmanes o judíos– que vivían en la incipiente zona urbana. Poco a poco se fue formando una pequeña ciudad, cosmopolita y multicultural, y se abrieron calles, se edificaron casas e inmuebles y se construyeron o instalaron, con mayor o menor éxito, los servicios necesarios para el buen funcionamiento de la comunidad. En definitiva, se erradicó, en gran parte, la miseria y la insalubridad, aunque ello sólo benefició a una buena parte de los extranjeros, a algunos judíos y a la clase dominante indígena.

* * *

La empresa Cardona Stores amplió pronto sus actividades a otras zonas geográficas, distintas de Gibraltar, amparándose en los convenios comerciales que Marruecos firmaba con varios países europeos, y empezó a diversificar sus productos, tanto de importación como de exportación. Charles Cardona, además, entendió que el desarrollo inmobiliario de Tánger ofrecía magníficas oportunidades. Creó varias empresas, junto con musulmanes o judíos, y compró una buena parte de las tierras que se extendían fuera de las murallas de la ciudad, en el camino de Fez, o en las zonas que bordeaban las playas que llegaban hasta las colinas del Charf. Aun así, a pesar de que trabajó y mantuvo amables relaciones con moros y judíos, siempre tuvo muy en cuenta los consejos de Drummond-Hay:

«Nunca creas que eres mejor que un moro o un judío –le aseguraba–. Piensa que somos distintos. Partimos de morales diferentes. Vivimos en mundos paralelos que no son unos ni mejores ni peores que los otros. Intenta tener amigos moros y judíos, y negocia y trabaja con ellos, pero nunca te mezcles con ninguno ni discutas con ellos de temas políticos ni religiosos.»

«No tengas relación íntima con ninguna mujer musulmana o judía por muy bella o enamoradiza que sea. Te traerá desgracia. Ellos, los judíos y los musulmanes, son los primeros que no desean que sus mujeres se relacionen con cristianos.»

«No seas como la mayoría de la gente que vive aquí, que nada conoce o sabe de esta tierra de Marruecos donde viven. No seas como esos que ignoran su historia, que aunque ahora no lo parezca, fue grande en el pasado. Puesto que ya conoces su lengua, intenta conocer sus costumbres y su cultura, que ha dado mucho más de lo que se piensa a Occidente. Pero ten muy en cuenta que ahora forman parte de una civilización inferior a la nuestra. Hoy Occidente supera en todo a Oriente.»

«Respetar siempre a los moros, ya que a muchos de ellos lo único que les queda es su orgullo y su dignidad. No los ningunes ni los humilles. Nunca discutas con un moro, ya que es posible que tenga razón. Lo único que debes hacer es ordenarle, con respeto, y exigirle que cumpla. Además, desconfía del

moro que no conozcas bien, pero fíate del moro religioso y que goza de prestigio en su entorno.»

«Ten cuidado con cualquier judío, sea oriental u occidental, ya que será siempre más listo que tú e irá por delante de ti. Ten en cuenta que tiene una ética distinta a la tuya, y que son mejores negociadores que los moros y que nosotros. Pero confía en lo que se haya comprometido por escrito. Negocia con el judío hasta que no puedas más, y luego escribe y firma con él lo que hayáis convenido. Siempre lo cumpliré.»

* * *

A los pocos años de su llegada, Charles se instaló con su madre, que se desplazó desde Gibraltar para vivir con él en Tánger, en una espléndida casa de la medina, en Beni Idder, construida por un notable marroquí, situada en una plaza que formaría, años después, parte del barrio del Progreso, y que estaba cerca del Zoco Chico. También llevó a Tánger una incipiente biblioteca, en la que destacaban varias recopilaciones de cuentos de Andersen, una buena parte de las obras de Shakespeare, algunas novelas de las hermanas Bronte y de Jane Austen, que tanto gustaban a su madre, o las de Defoe o Swift, sobre Crusoe o Gulliver, y, por supuesto, *Ivanhoe* –que él conocía casi de memoria–, algunas otras novelas francesas o rusas, y hasta el *Quijote*, en castellano. En su pequeña colección había también obras de poetas como Milton, Pope y Blake, y de algunos españoles. Éste fue el embrión de la extraordinaria biblioteca de la familia Cardona, que, a través de los años, aumentó considerablemente hasta llegar a ser, a nivel privado, la más importante de Tánger. En la ciudad se decía: «Ese libro que buscas, si no lo tiene la biblioteca española, estará en la de Cardona».

En 1865, cuando Charles había ya entrado sobradamente en la treintena, y con gran alegría de su protector el cónsul Drummond-Hay, el extranjero más poderoso de Marruecos, contrajo matrimonio con su joven sobrina Julia Drummond, que había ido a vivir a Tánger después de la muerte de su pa-

dre, primo hermano del cónsul. A su edad, cerca de los veintisiete años, Julia era casi una solterona que contaba con poca fortuna. Sin embargo, tenía cierto atractivo físico y una considerable preparación humanística, y tocaba muy bien el piano y el violín. Se conocieron en el momento adecuado, cuando él estaba pensando en formar una familia y cuando ella tenía poca esperanza de encontrar un marido. Pronto se comprometieron en matrimonio. Charles tomó la decisión después de mucho meditar, y previa autorización de su madre y de su confesor, el legendario padre Lerchundi, que era el prefecto de la Misión Católica. La joven novia, que no era católica, tuvo que renunciar a su religión para poder casarse en la capilla que los franciscanos tenían en la calle Siaghins, en el antiguo consulado sueco, al lado de Dar-Niaba, que fue la base de lo que años después sería la Iglesia de la Purísima Concepción, la primera parroquia de Tánger. A principios del otoño de 1865, en un día soleado, el de los Cardona-Drummond fue uno de los primeros casamientos que se celebraron en la nueva capilla, oficiado por el propio padre Lerchundi. Drummond-Hay invitó en su residencia de Ravensrock a todas las personas –tanto del cuerpo consular como civiles– que más destacaban en Tánger: desde el mismo padre Lerchundi hasta el *bajá* de la ciudad, así como a las principales familias marroquíes, tanto musulmanas como judías, y europeas. Fue la gran boda y fiesta del año, que se recordó en Tánger durante mucho tiempo.

El nuevo matrimonio recibió muchos regalos, pero el más apreciado fue, sin duda, la pareja de sirvientes negros que les cedió sir John, descendientes de otros que habían vivido en casa de los Drummond-Hay desde principios de siglo. El sultán Muley Abderramán había regalado a su padre, sir Edward, dos parejas de estos negros, dos hombres y dos mujeres, que él tenía como esclavos. Eran descendientes de los senegaleses que habían formado parte del terrible ejército de Abid Bokhari o Bokhari –sirvientes del imán Al Bokhari– creado por el gran sultán Muley Ismail a principios del siglo XVIII, y que habían mantenido en el poder a ese sultán y a sus descendientes. Como es-

clavos propiedad del soberano estaban, exclusivamente, a su servicio, y recibían un trato mucho mejor que otros siervos cristianos o de otra procedencia. El viejo Edward Drummond-Hay aceptó, puesto que otra cosa no podía hacer, el regalo de los cuatro esclavos ofrecidos por el sultán. Los liberó de inmediato –judicialmente hablando–, pero los incluyó en su servidumbre. Tanto los Drummond-Hay como los Cardona mantuvieron durante varias generaciones a su servicio a los descendientes de aquellos primeros sirvientes negros *bokhari* o *bojari*, en los que tenían puesta su máxima confianza; una confianza que nunca, a lo largo de los años, fue defraudada. Además, a través de ellos pudieron conocer los encantamientos y sortilegios del mundo del África negra, que durante siglos se habían transmitido los *bokhari* de padres a hijos, y que se habían mezclado con la magia y la brujería de los milagreros y encantadores marroquíes, árabes y bereberes.

* * *

Todo ello acontecía mientras Marruecos –que había sido hasta hacía pocas décadas un poderoso país y uno de los pocos reinos africanos que nunca había sido dominado por el extranjero– se debilitaba con enorme rapidez y se hundía bajo el peso del mal gobierno, la desunión, las corruptelas, las sequías, las guerras con el extranjero, las plagas y las epidemias. El sultán Muley Hassan I intentó reformar el país y superar las dificultades lo mejor que pudo, pero no lo consiguió. La mayor parte de su pueblo vivía en condiciones miserables, tanto desde el punto de vista sanitario como social y económico, en una sociedad que apenas había salido de la Edad Media, con gobernantes corruptos a los que sólo les interesaba acumular riquezas, aunque ello supusiera someter a los súbditos a las más grandes injusticias y crueldades. De éstas no escapaban los judíos, que, a pesar de que vivían en relativa libertad, no eran, de hecho, ciudadanos, sino súbditos de segunda o protegidos –*dhimmi*–, sojuzgados por los impuestos y humillados y despreciados por

la población musulmana. La inseguridad jurídica y personal del sistema condujo a los regímenes de capitulaciones y de protectorados,⁴ que debilitaron considerablemente el país tanto desde el punto de vista político como económico. Poco a poco, muchas de las grandes familias marroquíes –musulmanas y judías– pidieron y obtuvieron la protección de países extranjeros, con la pérdida de soberanía y el desprestigio que ello suponía para Marruecos y la enorme sangría que originaba a la hacienda marroquí, de la que escapaban los súbditos más ricos.

Además, llevados por la codicia, los principales países europeos habían conseguido favorables –y, a veces, leoninos– acuerdos comerciales que proclamaban la libertad de comercio en Marruecos, y que confirmaron, cada vez más, el carácter internacional y el cosmopolitismo de Tánger. Todo ello se unía a la decadente estructura política del país, a su pésima situación económica y a las presiones de fuerza de distintos países occidentales como Francia, España, Italia, Reino Unido y Estados Unidos. Marruecos tuvo que solicitar y firmar empréstitos muy onerosos que lo debilitaron aún más si cabe. La muerte del sultán Muley Hassan, que era bastante estimado, la impericia de su sucesor, la corrupción y la incompetencia de su gobierno, a lo que se unieron las epidemias y las sequías, empeoraron la situación hasta tal punto que, a finales del siglo XIX, Marruecos estaba en una situación calamitosa, lo que propiciaría la intervención extranjera.

* * *

Mientras el país agonizaba, Tánger crecía, rápidamente, hasta tal punto que, a finales de ese siglo, vivían en la ciudad unos ocho mil extranjeros que representaban a casi todos los países occidentales, a las más importantes lenguas y culturas de la tierra y a casi todas las religiones universales. Se consagraban iglesias y sinagogas, se publicaban periódicos, se modernizaban los servicios de la aduana, se construían magníficos hoteles como el Continental o el Villa de France, la ciudad se ensanchaba y,

en definitiva, entraba en la modernidad. Y entre aquellos extranjeros destacaba Charles Cardona, que, en pocos años, desde que llegara a Tánger progresó a pasos agigantados. Poco tiempo después de su boda con Julia Drummond, dejó su puesto de traductor en la legación británica, aunque siempre estuvo a disposición del cónsul Drummond-Hay para acompañarlo en sus frecuentes viajes a la corte cherifiana o para lo que aquél estimara oportuno confiarle, facilitándole la información comercial o financiera que pudiera ser de su interés. Acompañó al cónsul cuando éste fue recibido por el sultán Muley Hassan, al que agradeció la donación que había hecho a la colonia británica de un terreno donde se construía la futura iglesia de Saint Andrew. Y también participó durante muchos años, como miembro británico, en la Comisión Internacional de Higiene y Limpieza que, con la previa autorización del Majzén, organizaron los extranjeros y la comunidad judía, bajo la dirección de los cónsules, para ocuparse, inicialmente, de la higiene y de la limpieza de la ciudad. Poco a poco, la Comisión fue absorbiendo más y más funciones, hasta llegar a ser el organismo de dirección y de control administrativo y económico de Tánger, presidido y dirigido por más de una docena de extranjeros de distintas nacionalidades, con el beneplácito del sultán. Esa Comisión, que durante algún tiempo promovió y presidió el español doctor Cenarro, fue el embrión del futuro Estatuto de Tánger.

Charles Cardona, al igual que hacían otros miembros de la Comisión con sus respectivos consulados, transmitía las informaciones que consideraba interesantes para Gran Bretaña a los miembros del consulado británico. Esta posición patriótica de «informadores» o de «espías», según se quiera ver, la mantuvieron, sucesivamente, todos los Cardona durante todo el tiempo que vivieron en Tánger.

Charles siguió invirtiendo, por su cuenta y riesgo o asociado con marroquíes o europeos, grandes sumas en la compra de terrenos, y llegó a ser, en la década de 1880, uno de los primeros propietarios inmobiliarios de la ciudad. Además de su

empresa Cardona Stores, que había ampliado sus actividades comerciales, invirtió también en medianas empresas ligadas al sector alimentario, como la producción de pastas y gaseosas y una panadería. Socialmente, con el apoyo de Drummond-Hay y la ayuda de su mujer, llegó a ser uno de los principales miembros de la colonia extranjera, y quizás el más importante de la británica. Así, cuando el sultán Muley Hassan I visitó Tánger en septiembre de 1889, Cardona formó parte de la comitiva de notables que, junto con los cónsules acreditados en la ciudad, cumplimentó al soberano en el palacio Dar el Majzén, en la Alcazaba.

Por su parte, Julia Drummond fue una gran señora muy querida en Tánger y admirada no sólo por su amabilidad y simpatía o por sus actividades caritativas, sino también por el impulso que dio a la cultura local. Organizaba en su casa o en algún hotel adecuadas tertulias literarias y conciertos. Ella misma ejecutaba, con maestría, al piano o al violín, algunas piezas que eran muy aplaudidas. Se cuenta incluso que, cuando Rimsky-Kórsakov estuvo algún tiempo residiendo en Tánger, fue invitado a casa de los Cardona, donde, a cuatro manos, el compositor y Julia Drummond interpretaron dos piezas creadas por el maestro ruso. De Julia procede la afición de los Cardona a la música, y del recuerdo de Rimsky-Kórsakov la predilección de todos ellos por los maestros rusos. Julia llegó a tener una considerable colección de partituras musicales, particularmente de piano, que conseguía gracias a los buenos oficios de la librería Stanford's de Londres, con la cual su marido, que tenía especial interés por la cartografía, mantenía una excelente relación.

El matrimonio tuvo dos hijos: Richard y Annette, que llevó este nombre en recuerdo de la esposa danesa del cónsul Drummond-Hay. Ambos fueron conocidos por todos como Ricardo y Anita. Aunque los dos fueron engendrados en Tánger, nacieron en Gibraltar, ya que las condiciones sanitarias de la colonia, aunque deficientes, aún eran mejores que las de Tánger. Sin embargo, fueron bautizados y se educaron en la ciudad marroquí.

* * *

En las primeras décadas de la segunda mitad del siglo XIX existían en la ciudad escuelas coránicas donde los niños musulmanes sólo aprendían a leer y a escribir y, básicamente, a recitar de memoria el Corán y los *hadices* o «dichos» sobre el profeta Mahoma. La enseñanza hebrea no era muy distinta a la musulmana, puesto que también era fundamentalmente religiosa, ya que en las numerosas *yeshivas* o escuelas judías sólo se enseñaba, aparte del hebreo, la *Torá*—que en cierto modo equivale al Antiguo Testamento de los cristianos— y distintos textos talmúdicos. Esta situación cambió parcialmente a partir de 1865, cuando se creó la primera escuela de la Alianza Israelita Universal (AIU). Gracias a la AIU el sistema de enseñanza judío cambió sensiblemente, no sin la oposición de parte de la población judía y de la mayoría de los rabinos. Se desarrollaba tanto en hebreo como en francés. Todo ello propició la aparición en Tánger de una burguesía judía, conocedora del árabe, de formación francesa y con dominio del español—que en la mayoría de los casos era su lengua materna—. Dicha burguesía, gracias, entre otros aspectos, a su conocimiento de idiomas, se constituyó en uno de los pilares básicos de las relaciones de Marruecos con el exterior.

Por su parte, los franciscanos, que fueron los primeros europeos que habían llegado al país, crearon escuelas muy modestas que poco a poco, y gracias al impulso que les dio el padre Lerchundi, fueron creciendo en importancia, hasta tal punto que, en la época en que los hijos de los Cardona llegaron a la edad escolar, los franciscanos contaban con dos escuelas, en las cuales impartían, aparte del conocimiento y práctica de la doctrina cristiana, distintas materias de la enseñanza primaria de España y algunas de la secundaria.

* * *

A pesar de que la oferta educativa franciscana era la mejor que existía en la ciudad, Charles, que estaba muy orgulloso de su

identidad británica, no quiso que sus hijos se limitaran a cursar los estudios españoles y se hispanizaran. Así, los Cardona decidieron no enviar a sus hijos Ricardo y Anita a ninguna de esas escuelas, pero consiguieron del padre Lerchundi, jefe de la Misión Católica, que uno de sus mejores profesores, el padre Julián, experto en lengua y gramática, acudiera varios días a la semana a la residencia de los Cardona en Beni Idder para enseñar a sus hijos a leer y a escribir en español, así como algunas materias de cultura general. Por supuesto, los dos hermanos hablaban con su madre en inglés. Además, desde los primeros años tuvieron una institutriz gibraltareña que les daba clases en aquel idioma. Los dos hermanos también aprendieron a hablar árabe tangerino con el servicio y con su propio padre, que lo conocía muy bien. Así, siendo muy jóvenes, Ricardo y Anita dominaban el inglés y el español y hablaban la lengua local. Los dos siguieron luego cursos de nivel secundario en Inglaterra, internos en distintos colegios, pero ninguno de ellos realizó estudios universitarios. Ricardo se unió pronto a la empresa familiar en Tánger, y Anita se casó muy joven.

* * *

Hasta aquí llega el relato preparado por mi suegro, Reginald Cardona, con la ayuda de Alberto España, o viceversa. Accediendo a la petición de mi familia, estoy intentando continuar este trabajo. Se lo debo a la memoria de mi fallecida esposa, Gin, a la que nunca olvido, y a la de mis siete hijos que, junto con los tres de mis cuñados Lalo y Cristina, son los actuales descendientes de los Cardona, aunque ninguno de ellos lleve en primer lugar ese apellido. Son los nietos de Reginald y de Carmen Picaso, biznietos de Richard y Emilia Abrines, y tataranietos de Charles y Julia Drummond.

Hasta hoy (principios de 1994) he ido recogiendo documentos originales o copias de los mismos, cartas, diarios, relatos, recuerdos, recortes de periódicos, reseñas y, en definitiva, toda clase de escritos que puedan servir para componer una memoria,

lo más exacta posible, del recorrido vital de los Cardona, desde que el primero de ellos, Charles, llegó a Tánger, hasta que, más de cien años después, su nieto Reginaldo salió de la antigua ciudad internacional dispuesto a residir en Madrid. Basándome en tales documentos y en mis propias fuentes, así como en mi memoria, que es lo contrario de extraordinaria, he ido relatando algunos hechos que considero relevantes tanto de la familia Cardona como de otras que convivieron con ella en la irreplicable ciudad de Tánger.

Me he ocupado también de elaborar un simple árbol genealógico, que adjunto en esta crónica, y que muestra cómo, de forma increíble, aunque cierta, en el transcurso de casi un siglo se unieron distintos miembros de la familia Cardona, directa o indirectamente, con otras familias formadas en Tánger procedentes de los más diversos orígenes. Esta extraordinaria capacidad de interrelación multicultural de los tangerinos era uno de los elementos básicos de la especificidad del Tánger internacional, que hoy casi ha desaparecido, así como uno de los pilares fundamentales en los que se sustenta su mito.

Francis Aguirre